CRONISMOS

Los pequeños grandes hombres

Ilustra la portada de ARIETE, grabado que representa a hermoso chamaco de ojos negros, pequeñín, vivaracho, con cierto aire de formalidad caballeresca en apostura simpática.

Perdido entre multitud abigarrada de gremio que despierta —gremio de panaderos—, el cronista le halló, y nada raro fue que pensase en «negativa», tanto para estudiarle como presentarle, temprano luchador que ya se enfrenta con la vida, cuando todavía en su «yo» limitado no asoman los primeros brotes negros de tribulaciones miserandas.

Descalzo—Fortuna no tuvo para él económico par de zapatos—; pantalones, camisa y chaleco que, sin duda, improvisóle madre para relegarlo a la fábrica, en virtud de necesidades superiores, y gorra de dril, puesta con gracioso descuido en cabecita airosa; cuyo pelo, despeinado, rebelde por falta de tiempo para amaneramientos, cae sobre su frente, culminando en rostro risueño, formalito, dijérase: desafiador...

Y el cronista dijo al fotógrafo:

—¡Artista, antójase «negativa» de chamaco para ilustrar ARIETE!

—Bien—respondió.

Repentinamente el escogido perdióse entre grupo apiñado de camaradas panaderos, volviendo, en seguida, caballero en anchas espaldas de travieso ganapán.

¡Ah! cómo y cómo entonces atravesó la imaginación del cronista, hálito de doloración.....

—Chamaco, ven; trépate al borde de esta pila que simula bautismal, resto testigo de arquitecturas legendarias en casa linda de mosaicos.

Y el chamaco trepó; diósele ejemplar de periódico aludido y.... en menos de cinco minutos el artista fotógrafo impresionó codiciada «negativa».

Primera observación que ésta sugiere es de si la miniatura sabe leer, tan seriecilla así se la ve fijar miradas en el papel.

No, desgraciadamente; por lo que resulta ironía el verle tener periódico abierto haciéndose ilusión de que, en efecto, silabea.

¡Pobre! retoño inespontáneo de naturalezas hechas para desesperaciones, su inculta mentalidad no sabe de alegrías áulicas. De la zahúrda al amasijo y del amasijo a la zahúrda, no es otra la viacrucis.

A pesar, para él ya no es pequeñín, ni chamaco, así, a secas, que necesita de escuela; sino proletario como todos; trabajador, y de los más formalitos, que si no trabaja no come; por lo que considérase también explotado, siguiendo opiniones corrientes de aventajadas inteligencias.

¿Cuántos pequeños grandes hombres, como éste, rodarán ya de taller en taller, de fábrica en fábrica, víctimas exquisitas del desatentado atávico?

El infantil compañero revela cosas que cronismos viejísimos apuntalan. El papelerito.... el betunero.... y por ese tenor.

¡Oh, lista larguísima de anónimas floraciones interesantes!

Falange, que no cantidades sin significado.

Montaña, que no promontorio incodiciable; incondiciable por chaparro.

¡Menguada sociedad estulta, que así te comes a tus hijos en fiesta de saturnales!

Termina el cronista; más la miniatura exige símil; criatura tan pequeñísima recuerda cuento de Perrault: Pulgarcito en la casa del Ogro; Pulgarcito metido en noche que amenaza tragedia, precipitando degüello de siete hembras coronadas.

—¡Chamaco, expropia par de botas fuertes encantadas de siete leguas, y, poco tiempo, como Pulgarcito de la fábula, acelerarás vida de ogros!—ROSENDO SALAZAR.